

Día de la Zulianidad

(Discurso pronunciado en la Alcaldía del municipio Maracaibo el 28 de enero 2017).

Rafael Molina Vílchez

Nos convoca hoy la celebración del sentimiento de pertenencia al colectivo zuliano, el cual, si bien es heterogéneo, complejo, necesariamente clasificable en subgrupos, no solo en lo teórico, sino en muchas de las pequeñas y grandes realidades de lo cotidiano, es una masa social que, en su interna diversidad, tiene entidad. Lo zuliano es una compleja unicidad que dentro de la Patria venezolana destaca por ser alteridad. Hace hoy 15 años que en el año 2002, el 28 de Enero, el Gobernador Manuel Rosales Guerrero decretó el Día de la Zulianidad (“Gaceta Oficial” extraordinaria; 6-02-2002), haciéndolo coincidir con la conmemoración de la fundación, por decisión popular, en cabildo abierto, de la República Democrática de Maracaibo: seguramente la de vida más breve en la historia mundial, de la que se remarcó en el mismo documento fundacional el hecho de que nacía con carácter democrático y que, de entrada, se negaba a sí misma todo futuro que no fuera la adhesión inmediata a la unión grancolombiana, cumpliendo con el plan de Bolívar, como otra de sus provincias. Fecha grande para Venezuela, porque por más que muchos se esfuercen en insistir reuniendo datos de infructuosas asonadas, intentos de algo que llamaban revoluciones, buscar apoyos para demostrar que también aquí había una tendencia a la solidaridad con los movimientos antimonárquicos que despertaban en Caracas y otros lugares, hasta entonces, continuaba Maracaibo siendo la “noble y leal”: parte de la España de ultramar. Los sentimientos separatistas, sin duda, existían en algunos, y las intentonas sucedieron, pero no habían logrado ser mayoritarias ni determinantes. Cada sociedad desarrolla su propia y peculiar gestación, que no se mide en pocos años y, como masa humana, vive y va evolucionando, cambiando. La condición de cada grupo humano resulta de haber pasado por estadios intermedios en ocasiones bastante extraños a la resultante de la actualidad. Tocó al rey Carlos III negar al Ayuntamiento de Maracaibo la petición de ser reintegrado al Virreinato de Santa Fe de Bogotá – citado por Juan C. Morales Manzur, 2.007 -. Ya algunos “notables” habían hecho público su malestar e inconformidad por la permanencia en la Capitanía General de Venezuela – cita de Germán Cardozo -. Sus motivos tendrían los habitantes de la ciudad. Por otro lado, qué difícil es conseguir la hoja de servicios de un diputado de esta región aunque sea lejanamente comparable a la de José Domingo Rus: representante de esta provincia hispana ante las Cortes de Cádiz. La decisión de Páez, y muchos otros, de declararse en rebeldía contra la unidad grancolombiana, no debe juzgarse en estos tiempos, como algunos han hecho, una traición a Bolívar;

es más bien la germinación de esta Venezuela. En 1.858 fue un colombiano, Vicente Herrera, Gobernador de Santander, el que planteó la creación del “Estado Soberano del Zulia”, una tercera entidad bajo la tutela de Bogotá y Caracas, a través de la cual tanto del lado colombiano como del venezolano circularían los productos de exportación, primero por vía fluvial, para aprovechar la apertura del Lago de Maracaibo al mundo. Es interesante recordar que según investigaciones de Rafael Vargas Gutiérrez, cronista de Machiques, acciones como ésta se venían preparando desde 1.825. Después, Venancio Pulgar y Sutherland, juntos, y ambos por separado, oficializaron la independencia del gobierno de Caracas, hasta con reconocimiento diplomático de algunos países. – cita de Rutilio Ortega -. Es que esta Venezuela se fue consolidando ya entrado el siglo XX. Por todo esto, aprendamos a ver nuestra propia historia sin tratar de maquillarla y, volviendo a lo dicho, no tengamos estos actos de hoy como un día de fiesta provinciana, para un pueblo bastante distante de la capital, de los centros de poder político y económico. Hoy es día de la Gran Venezuela, la que ha tenido en el estado Zulia, por donde se le mire, uno de sus más fuertes pilares de desarrollo. Ayer, no aportó una estrella a la bandera, hoy es un *sine qua non* de la venezolanidad. Basta ya de que la regionalidad de los zulianos, hasta su tan mal entendido regionalismo, la gran mayoría de veces más bocatero y aguajero que materializable en acciones, sea pretexto para que se nos cuelgue el sambenito de separatistas.

Pero seguimos siendo los otros. Todavía están muy cercanos los días cuando Oswaldo Álvarez Paz aspiraba a la Presidencia de la República, y en el canal 2, “Radio Caracas”, en un programa matinal, la comunicadora a cargo de él, esposa de un diplomático venezolano, comentó que no podía llegar hablando con su fuerte acento maracucho. En ese tiempo, el abogado Jairo Páez, escribía en “Panorama” – 01-02-2.000:

“Sus compañeros políticos de siempre, los copeyanos, incluyendo a los caracuchos verdes, le negaron el título de Zuliano Mayor para evitar que fuera Presidente de la República (...) Oswaldo habla de vos. Eso es tan grave en Caracas que Oscar ‘Ventarrón’ García, un locutor extraordinario, perdió su puesto en un canal televisivo capitalino por el vos de su voz”.

Pero Venezuela es la Patria. Ésta, como bien lo afirmaba Juan Pablo II, es inseparable de la raíz *pater*: el padre, y de su relación con *patrimonio*: bienes que recibimos como herencia de sangre, legado de los antepasados. Y *acervo territorial* es tierra, espacio. De manera que la Patria, la Gran Patria, tiene mucho de historia y de legislación. En la práctica, forzosa por lo de las leyes, se superpone al concepto de estado-nación, tiene un ámbito geográfico, cartográfico, es un territorio reconocido por la legislación internacional y las comunidades de naciones, apoyado en el culto a símbolos nacionales, legado de los héroes que nos dieron la independencia, muchas veces con actividades

bélicas, otras a través de la diplomacia. La Patria nos reúne en una geografía y una historia compartidas, y en muchos aspectos culturales, mientras que el estado nos otorga documentos de identidad nacional. Pero la heredad humana no es únicamente paterna. La Patria, al darnos historia, ciencia de todas de las ciencias y de todos los credos, nos dota de muchísimas otras cosas, tantas como soporta lo amplio de la palabra cultura. Y si el culto de los héroes, la defensa de la territorialidad, tiene bastante de masculino, hay detalles culturales que tienen mucho más de ofrenda materna, heredad y enseñanza amorosa de los usos y costumbres del hogar, de la espiritualidad, de la religión familiar. Si los Padres de la Patria son por lo general hombres de Zeus-Marte, las forjadoras de la Matria tienen muchísimo de Hera, la diosa que mantiene el fuego del hogar, y de las diferentes diosas que, como Deméter y Pomona simbolizan las madres nutricias. Eso plantea algo un poco distinto a la nacionalidad como hecho de estado. Eso es más identidad regional, el amor al terruño, y tiene mucho más espiritualidad. Los cantos populares de la emigración forzada hablan de las banderas, pero se hacen melancolía y llanto ante el recuerdo del terruño. El emigrante involuntario evoca con nostalgia los valores de su país, de su estado-nación, recordando el himno nacional, pero se estremece en lo más profundo de su ser, en lo más sincero de su emocionalidad, cuando oye los cantos populares del pequeño pueblo y cuando recuerda o vuelve a sentir los sabores y aromas de la mesa familiar. Las identidades regionales tienen la fuerza de las pequeñas cosas, las de todos los días, las que no son obligatorias, pero son bien sentidas. Tanta fuerza que, aun careciendo de territorio, hay naciones que sobreviven en base al mantenimiento de ellas. Tanta fuerza, que se hacen identidades nacionales en relación con la nación, pero ya no como uno de los estados nacionales del atlas mundial, sino como un pueblo que, en cualquiera que sea su condición de nacionalidad, de geopolítica, está hermanado por su destino, historia y cultura. Algo como cuando se habla de la nación wayuu, que legal y geográficamente es binacional – dos cédulas de identidad, dos pasaportes, a veces hasta militancia en dos grupos políticos - pero que culturalmente es única e indivisible – una misma cosmogonía, un mismo idioma, una legislación oral que iguala o supera las escritas -. De esto conocía bien el Papa polaco, ciudadano de una nación dos veces retirada de los mapas, pero de una cultura y espiritualidad sólidas, y pastor de una religión desprendida del judaísmo, culto con base en las tradiciones, historias y religión del pueblo o nación de Israel, ausente hasta 1.948 de los mapas geográficos.

Sustantivos como zulianidad, derivados de un gentilicio para señalar la identidad geográfica, histórica y cultural – no necesariamente de nacimiento – como éste, los hay por todas partes. Y han sido motivo de las discusiones más dispares. Unas muy serias, eruditas, como las de algunos intelectuales tachirenses en torno a términos como *tachiranía*, *tachineridad*,

tachinereidad y tachirensidad. Al hacer una exposición titulada «*El ser ante la diversidad. La diversidad en las categorías conceptuales que definen el Ego sum tachirensis*», el Prof. Samir A. Sánchez, de la Universidad Católica del Táchira, en un Festival Filosófico organizado por el Instituto Universitario Eclesiástico «Santo Tomás de Aquino» - *Palmira, marzo 2015* - dentro del tema «*Identidad: en búsqueda de las raíces propias*», se presentó lo siguiente:

“Tachirensidad. (Nombre abstracto, femenino, término idiomático castellano como sustantivo abstracto de cualidad. Deriva del adjetivo denominativo neutro ‘tachirensis’, más el sufijo -dad, que procede de la desinencia de origen latino -tas, -ātis la cual modifica al adjetivo, para convertirlo en sustantivo abstracto de cualidad). || 1. Cada uno de los caracteres, naturales o adquiridos, que distinguen a las personas, a los seres vivos en general o a las cosas del Estado Táchira. || 2. Manera de ser de alguien o algo del Estado Táchira. || 3. Cualidad de tachirensis. || 4. Carácter de tachirensis.”

‘Tachirensidad’ tiene categoría oficial al ser incluido en el texto de la Constitución del Estado Tachira. La primera referencia de *zulianidad* que conocemos es de Ramírez y Astier, quien escribió a comienzos del siglo XX y fue publicado en 1.950.

“De ahí que el prestigio de Dagnino y Vázquez permaneciera flotando como una grímpola representativa de la zulianidad y del espíritu nacional, sobre las tibias ondas del Coquibacoa en aquellos tiempos de crisis intelectual” (Ramírez y Astier Aniceto; 1950. Tomo I, pág. 18).

Entre nosotros, el vocablo había visto pasar el tiempo sin mayores altibajos, hasta que el establecimiento socialista, más bien comunista, irrumpió en este país, y comenzó a criticarla en cualquier sentido posible, supuestamente porque la veían, hoy parece que ya no mucho, con un símbolo, una insignia, de los gobernantes municipales y regionales identificados con la política y la economía capitalitas, socialdemócratas. En un “Manifiesto” de *“historiadores, profesionales y activistas comunitarios del Estado Zulia”* - 26/03/2006. En “Aporrea”: <http://www.aporrea.org/tiburon/a20569.html> -, con muchísimos – si, señor, muchísimos - intelectuales abajo firmantes, dejaron cosas como:

“Los pretendidos “paladines de la zulianidad”, Jorge Sutherland y Venancio Pulgar, este último el mismo caudillo que incendió La Villa del Rosario y asoló al territorio perijanero, no representaron en modo alguno los intereses del pueblo zuliano, y simplemente fueron instrumentos políticos del capital extranjero para fortalecer su control sobre nuestro territorio.”

También salió, con muchos abajo firmantes, un *“Manifiesto de los poetas, artistas de toda condición, periodistas, académicos, profesionales universitarios, estudiantes, empresarios, y zulianos de carne, osamenta y*

corazón” titulado: “Los zulianos dicen: ¡No al separatismo!” Incluyó afirmaciones como las siguientes:

“Sabemos que las expectativas promisorias que vive el país tienen entre sus enemigos a una conjuración que pretende sustituir la Patria Bolivariana por un enclave neocolonial, y entre éstos están quienes se han atrevido a utilizar el nombre del Zulia para su propósito anexionista”

Y proponían:

“Promover la realización de foros, conferencias, charlas y otros eventos, en torno a las concepciones filosóficas y políticas que han incidido e inciden sobre la ZULIANIDAD, y desenmascarar a quienes en nombre de los rasgos etnoculturales que nos identifican, quieren negociar nuestras tierras, nuestras aguas, nuestras riquezas petroleras, carboníferas y de la más variada naturaleza”.

Una lingüista llegó a escribir:

“Zulia, zuliano, zulianidad son tres palabras que parecieran inofensivas en su uso (...) Pero no es así (...) Zulianidad es un nombre derivado del adjetivo zuliano, y significa la cualidad de ser zuliano, cualquier cosa que esto sea de tan inasible y manipulable que es ese significado. Fue precisamente esta palabra, zulianidad, la que eligieron ... y ... ambos partidos capitalistas, como fundamento ideológico para promover la separación del Zulia de Venezuela. La idea, falsa por demás, que vendieron es que la zulianidad es tan específica que no tiene nada que ver con Venezuela (...) Cuando el gobierno bolivariano del Zulia usa la palabra zulianidad y la celebra durante una semana, el capitalismo cumple su objetivo a través de su gran procedimiento: «No piense. Déjenos pensar por usted”.

Ciertamente, los nombres de las regionalidades no lucen inofensivos para los poderes centrales cuando ya han soplado vientos de borrasca y a veces de francos intentos secesionistas. Son un indicador de la tormenta, como muchos otros, mas no la causa. Tales son los casos de España y Bolivia. La catalanidad... ¡Ay, qué dolor de cabeza para Madrid!, había sido solo esto por mucho tiempo, pero se magnifica hoy por todo lo que ha pasado recientemente en este país, con quién sabe cuántos políticos enjuiciados o señalados, una Infanta y su esposo compareciendo y hasta un rey que viajaba con una amiga a matar elefantes en África. En Bolivia no lucen muy amenazantes los reclamos de la achocalleñidad, la coromeñidad, la mecapaqueñidad, la palqueñidad, la orureñidad y otras identidades, mas por el contrario, la paceñidad, de La Paz, tiembla ante rumores separatistas de la santacruceñidad. Pero esto, señores, sucede por allá, no es lo de Venezuela, donde repetimos, la zulianidad es pilar de la venezolanidad.

No se detuvo a pensar la estudiosa del idioma que algo de inasible y manipulable tienen en sí palabras, incluso aquellas que la ciencia pretende mantener en rígida monosemia. Y que ese movimiento político que a ella entusiasmaba tanto, después de dejar a Venezuela, toda, en su insondable nadir, ha tenido los resultados que todos conocemos, precisamente, porque en vez de trabajar con dedicación, con propósitos claros, mirando un horizonte sinceramente nacionalista, se ha concentrado con obstinación en el manejo de un neolenguaje al servicio de lo extranjero. La lengua que da para todo, es castigo del cuerpo y de mucho más. Y el tiempo va sacando las verdades a flote. Ahora sabemos a qué gobiernos extranjeros se ha entregado mucho de este país y, desgraciadamente para todos, con qué resultados.

Pensamos que es importante precisar en los hechos los ámbitos de los gentilicios, así como tratar de igualar, al máximo posible, las condiciones de vida de quienes los llevan. Algunos, incluso el Dr. Germán Cardozo Galué, una voz muy autorizada y respetable, han insistido en afirmar que la zulianidad realmente no existe. Para este investigador, aquello no ha sido más que una ficción, que desde antes del siglo XX ha sido vivida y usufructuada una reducida élite de Maracaibo, la que se ha ocupado, siguiendo el modelo nacional de centralización, de manipular los valores de una supuesta regionalidad al servicio de sus propios intereses, con sede en la capital del estado; que es más una maracaibinidad o maracuchidad enmascarada de regionalidad. No podemos negar que esto es cierto, pero no es todo. No podemos “deslastrarnos” del folclore, viendo éste como lo que es, sin lentes peyorativos: conocimiento del pueblo, aunque sí tiene amplias variaciones locales; ya habíamos hablado de que la tradición se nutre de las llamadas “pequeñas cosas”. Ni desestimar el aporte unificador que ha tenido para los pueblos alejados del poder, pequeños o pobres, el sentimiento de reacción a la desatención, al desaire, al ninguneo con que tantas veces los mira el poder central. La región perilacustre, como todo, precisa de un nombre y el mismo Cardozo, trabajando sobre historia y economía, escribe sobre la Región Zuliana. Pudiera haberse referido a la Región del Lago, porque es este elemento geográfico el núcleo unificador de los elementos físicos que forman la región y el centro imantador de los intereses que se levantan y pugnan entre sus pobladores. O Región de Maracaibo, basándose en la evolución cartográfica de la Provincia de Maracaibo – que en un tiempo incluyó hasta Apure - hasta llegar al estado Zulia actual, pero las críticas de los orgullosos de muchas localidades habrían llovido, incontables y enconadas. Precisamente celebramos hoy una zulianidad que no nace con la independencia de esta ciudad, sino de aquella mutante provincia.

Recordemos algunos hitos de la regionalidad. Este año se cumplirán cientocincuenta de haberse erigido la primera estatua de Bolívar de pie en Venezuela: la de la Plaza Mayor de Maracaibo; y de la Constitución del Gran

Estado Soberano del Zulia, al que pertenecieron también Mérida y Táchira. Enero de 2.017 marca un siglo de haberse reunido en esta ciudad, con la Presidencia del Dr. Adolfo D'Empaire, el Segundo Congreso Nacional de Medicina, en el cual se levantó la voz demosteniana de Marcial Hernández para echar en cara a la dictadura de entonces la penumbra intelectual en que había sumido la región, y la sentencia de que por encima de adversidades naturales y despropósitos humanos, todavía el Zulia brillaba y siempre brillará. Además de su valor literario como cuentista y de la calidad de otras de sus piezas oratorias, como la dedicada a la Escuela de Cristo, que terminó con la muerte del emotivo y patriótico declamador por accidente cardiovascular agudo, Hernández es comparable a Lossada en sus esfuerzos para exigir la reapertura de la Universidad del Zulia. Es uno de los héroes civiles injustamente olvidados. Digno y forzoso es, pues no basta aunque se haya repetido mil veces, recordar su discurso:

“Las insignias pueden marchitarse y las campanas enmudecer, y extinguirse los fueros del ara, pero ni aún el ímpetu de los huracanes puede apagar el simbólico paro del Catatumbo. El Zulia entre la noche relampaguea”.

El 21 de marzo de 1.917, la Asamblea Legislativa del Estado Zulia adopta oficialmente el Escudo de Armas del Estado Zulia. También trae el 2.017 el cincuentenario de la ejecución del primer trasplante renal en Venezuela, en el Hospital Universitario de Maracaibo, realizado por un equipo humano a la cabeza del cual estuvo el Dr. Bernardo Rodríguez Iturbe. Esto hizo merecer a Maracaibo el título de Capital Científica de Venezuela. Y otro cincuentenario: el del Premio John Scott, concedido en los Estados Unidos al médico y físico Dr. Humberto Fernández Morán, por haber creado el bisturí de diamante para uso en Micoscopía Electrónica.

Y muy cerca, hace pocos días, tuvimos la fecha de los setenta años de la fundación de Ciudad Ojeda, cuya vida es un buen ejemplo de que los gentilicios y sus sustantivos derivados no son privativos de los nacidos en el lugar. Hay citojences o citojedenses de nacimiento, pero con ellos se encuentran muchos otros procedentes de lejanas tierras, con sobrados méritos para esa ciudadanía. El corazón de Ciudad Ojeda, justo es reconocerlo, entre otras cosas, tiene mucho de italiano y hasta de árabe.

Para concluir: ¿Qué decir de las comunidades lejanas? Son geopolíticamente zulianas. Pero en ellas, como es lógico, la fuerza de los modos y costumbres de los maracuchos no es la misma. Es totalmente lógico que en lugares andinos, premontanos, en el Sur del Lago, el voseo no tenga la vigencia de aquí. Ni hablar de la Sierra de Perijá, donde las lenguas indígenas se mezclan con un acentuado colombianismo. Por eso decíamos al principio de lo heterogéneo que tiene la supuesta unicidad zuliana. Que no todos somos chiquinquireños, con todo derecho hay parauteños, o rosarinos de Cabimas,

o sambeniteros cuyo culto llega a tener tanta o más fuerza que el de muchos de los veneradores de La Chinita.

Por eso hablamos de heterogeneidad dentro de la unicidad. Quien tiene el deber de mantenerse en una zulianidad rígida es el gobernante. El encargado del gobierno regional, aunque viva y administre en Maracaibo tiene la obligación de prestar por igual, las mismas atenciones a los habitantes de: Cojoro, El Tocuco, Quisiro, El Condejo se Ciruma, Orope y Los Naranjos que a los de Maracaibo, aunque estando todos en tierra venezolana, tengan algunos que obtener servicios de estados vecinos. La territorialidad de la autoridad debería ir de la mano con buena parte de la territorialidad de atenciones y servicios. Seguros estamos de que si una población como éstas negara su zulianidad, lo haría en base a causa bien razonada, por la escasa atención recibida. Ya se ha dicho: hay identidades que no son de ley, que no son obligatorias. Por último: sin negarnos, como ya lo hemos hecho saber, a la zulianidad del folclor, la de la gaita, el chiste, la comida y el voseo, hagámonos el propósito de vivir una zulianidad de hechos constructivos, de honestidad y cumplimiento, estudio, dignidad, espiritualidad, trabajo y ejemplo. Solo esto levanta el nivel de los pueblos.

Señores: Dios y su Santísima Madre, en cualquiera de las advocaciones veneradas aquí, bendigan esta tierra y su gente. Como dijo Vinicio Nava Urribarrí, quien me precedió en este pódium el pasado año: “¡Dios, Patria y Zulianidad!”
